

## CAPÍTULO I

<b><i>LA PERSPECTIVA Y EL ENCUADRE: EL ENFOQUE RESTRICTIVO, FORMALISTA Y ESTÁTICO</i></b> .....	<b>9</b>
<i>El marxismo oficial-dogmático</i> .....	<b>13</b>
<i>La ciencia política occidental</i> .....	<b>26</b>

## CAPÍTULO I

### LA PERSPECTIVA Y EL ENCUADRE: EL ENFOQUE RESTRICTIVO, FORMALISTA Y ESTÁTICO

Los problemas del cambio y el conflicto sociales y de la crisis política de América Latina han colocado en el centro del interés y del debate al Estado, su naturaleza (institución, grupo, actor), sus funciones y sus modos de actuar, sus relaciones con la sociedad y con los componentes de ésta, su dependencia o su autonomía relativas.

La índole de estos problemas, su importancia y sus consecuencias, exigen no quedarse en la mera descripción empírica. Su examen crítico requiere nuevos y mejores instrumentos teóricos. Se impone así el descarte de todo tipo de *enfoque tradicional y convencional*, que se caracteriza como *restrictivo, formalista y estático*.<sup>1</sup>

Este enfoque que aquí se critica y descarta, supone ante todo un sentido limitativo del *rigor* y del *realismo*, tanto en términos científicos como políticos. La ciencia y los científicos tratan de comprender lo que pasa en el mundo natural y social y de explicar la variedad de los fenómenos, sin atenerse a las apariencias, y mediante leyes simples. Ninguna epistemología puede sin embargo basarse en un empirismo ingenuo. La ciencia no está constituida por hechos, que son por el contrario el producto de lo que la ciencia hace. La significación de una investigación científica es relativa a sus hipótesis, que a su vez están insertadas en un contexto histórico-social. Ninguna etapa de la ciencia es absoluta, y aquélla nunca es completamente científica, sobre todo en la medida en que su objeto se

<sup>1</sup> Ver: Henri Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne*, dos volúmenes, L'Arche Éditeur, Paris, 1958 y 1962; H. Lefebvre, *Au-delà du structuralisme*, Editions Anthropos, Paris, 1971; Wright Mills, *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961; Alvin Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu, Buenos Aires, 1963; Robert W. Friedrichs, *A sociology of sociology*, The Free Press, New York, 1970; *Ideology in social science-Readings in critical social theory*, edited by Robin Blackburn, Vintage Books, New York, 1973; Edgar Morin, *Le paradigme perdu: la nature humaine*, Seuil, Paris, 1973; Georges Balandier, *Sens et puissance*, Presses Universitaires de France, Paris, 1971; Marcos Kaplan, *Teoría política y realidad latinoamericana*, Archivos del Fondo, Fondo de Cultura Económica, México, 1976; M. Kaplan, *La ciencia en la sociedad y en la política*, SEP-Setenta, México, 1975.

va complicando y en que su actitud puede cuestionar el tipo de organización y el funcionamiento de la sociedad y el modo de vida de los seres humanos que la componen.

Sin embargo, los científicos, y sobre todo los practicantes de las ciencias sociales, pueden atenerse a las apariencias, y aceptar como realidad lo que la fuerza de la costumbre presenta como normal y regular. Pueden asumir así las hipótesis aceptadas como evidencia por la conciencia común a una época dada y en función de su misma antigüedad; hipótesis que permanecen subyacentes y olvidadas en su origen, en su carácter hipotético, y en los valores que las han determinado, las condicionan y las sostienen. La recolección de hechos a partir de estas hipótesis, y en el campo de interpretación que ellas determinan, pasa por ser una descripción objetiva de la realidad. La descripción detallada y cuantificada de lo aparente puede no llevar a una correcta explicación de lo que existe y ocurre realmente. El aparato lógico-matemático y las cifras dan en muchos casos apariencia científica a interpretaciones banales y falsas.

Las implicaciones a la vez científicas y políticas de esta actitud y de esta práctica son múltiples, y algunas de ellas resultan perceptibles sin demasiada dificultad. Las ciencias, sobre todo las sociales, tienden a dar cuenta de las razones por las cuales lo que existe es lo que es y como es, y demuestran al mismo tiempo que nada puede suceder que sea sustancialmente diferente de lo que ya ha sucedido. Estos análisis científicos de la realidad dejan escapar quizás lo esencial de lo que hace y constituye la sociedad y la historia. La negación de la presencia activa de valores y de implicaciones sociales, ideológicas y políticas es una forma de compromiso que, al tomar las estructuras y prácticas prevaletentes de la época por la naturaleza de las cosas, contribuye a la aceptación, la fundamentación y el mantenimiento de los poderes tradicionalmente dominantes en la sociedad como una fatalidad natural. Lo diferente y lo extraordinario son confundidos con lo imposible. Se bloquea la renovación de hipótesis y explicaciones que den a los hechos otro sentido. Este bloqueo de la conciencia refuerza la legitimidad de las interpretaciones corrientes y de las estructuras y prácticas dominantes que con aquellas se entrelazan. Es así como la ciencia constituida permite progresar al pensamiento científico. Al mismo tiempo, incluso en relación a su propio éxito, por el prestigio y la acción hipnótica de los precedentes establecidos, la ciencia constituida obstaculiza el progreso intrínseco del pensamiento científico, y contribuye a frenar el avance de la conciencia social y la afirmación teórica y práctica del potencial de progreso humano.

En un número no desdeñable sino en la mayoría de los análisis referidos al Estado y a sus relaciones con la sociedad, y en numerosas proposiciones formuladas como elementos para políticas alternativas, aflora la preocupación predominante por promover fórmulas y estructuraciones que aseguren la coherencia, la cohesión, la estabilidad, el equilibrio, la autorregulación, la conservación de lo esencial del orden existente, la preservación

de las condiciones de dominación y explotación, en cada país y en el sistema internacional. Desigualdades y explotaciones, alienaciones y coacciones, son comprobadas y mantenidas como necesarias e inevitables. Los elementos y las tendencias fundamentales del pasado y del presente son extrapoladas hacia el futuro. Algunos de los sistemas nacionales (Estados Unidos o Europa Occidental, la Unión Soviética o la China Popular), son propuestos —implícita o explícitamente— como paradigma necesario para los restantes países y para el orden mundial.

Este enfoque no excluye en muchos casos variantes más sofisticadas y rigurosas para el análisis de las fuerzas y tendencias, las formas y procesos, sus interacciones y resultados; en todo caso sin alterar el sentido básico que se indicó, y precisamente para facilitar la operacionalidad del sistema y la absorción de los cambios inevitables.

Como contrapartida, se subestiman o se desacreditan las contradicciones y los conflictos, los desequilibrios, los azares y las sorpresas, las innovaciones y las creaciones, las deestructuraciones y las reestructuraciones, que resultan impugnadas como desviaciones, disfuncionalidades, manifestaciones patológicas y peligrosas. El falso rigor y el falso realismo consagran lo hoy existente y dominante como lo dado para siempre. Conciben el futuro como mera extrapolación de lo actual. Visualizan el proceso de cambio como desplazamiento mecánico y rectilíneo entre dos tipos dicotómicos polares, pero a través de una movimiento en que el estadio de partida predetermina y prefigura fatalmente el estadio de llegada.

Este enfoque se manifiesta y ejemplifica en teorías cerradas y estáticas, que fragmentan y simplifican la realidad, y limitan y degradan su interpretación.

Como reflejo de una creciente división técnica y social del trabajo, de su institucionalización bajo la forma de entes separados, y de las tendencias conflictuales y centrífugas de la sociedad, la totalidad teórica estalla. El conocimiento de la realidad y la acción sobre ella tienden a escindirse y a contraponerse. Su ámbito común se fragmenta en disciplinas particulares, las ciencias naturales, las ciencias humanas y sociales. Ello se intensifica por el impacto sobredeterminante de las estructuras institucionales. El conocimiento se organiza socialmente y se cristaliza en instituciones académicas y gubernamentales, en parte complementarias, en parte y sobre todo competitivas o antagónicas. Los especialistas reivindican y asumen la posesión legítima de sus respectivos campos como dominios feudales o ghettos profesional-ideológicos. Cada campo disciplinario implica y desarrolla una epistemología, una teoría, una metodología con rasgos y papeles de ideologías, que consolidan y legitiman la fragmentación de origen, la reserva del área respectiva en favor de los especialistas como iniciados que monopolizan un saber pretendidamente riguroso y puro.

Por una parte, la disociación y la mutua clausura se ha dado entre las ciencias naturales y las ciencias humanas y sociales. El ser humano es separado de la naturaleza y de su propia naturaleza. La "naturaleza no

humana” y el “hombre no natural” se escinden y contraponen. Se afirma una esencia o naturaleza humana, no identificada con un solo aspecto, o que lo es con una superposición cuasigeológica de aspectos.<sup>2</sup>

Por otra parte, las ciencias humanas y sociales también se escinden y compartimentalizan, generan sus propias deformaciones científicoideológicas y sus veleidades de imperialismo académico y técnico. La historia y el historicismo, la economía y el economicismo, la sociología y el sociologismo, la antropología y el antropologismo, la psicología y el psicologismo, la ciencia política y el politicismo, contribuyen por sí y en conjunto a fracturar y disociar la realidad humana y social. Escamotean o abandonan lo global y lo total; lo pulverizan en lo parcial y lo puntual, para que subsista sólo como agregado mecánico de fragmentos convertidos en meros temas de investigación.

La sociedad es percibida y tratada en superficie, por lo que parece o pretende ser, como realidad plana que se manifiesta y define por estructuras, formas, normas, instituciones, organizaciones, símbolos. Se la reconoce y se la capta como un conjunto unificado que el análisis fragmenta y subdivide, reduce a una dimensión única y/o somete a una seudototalización arbitraria.

Se le separa en instancias (económica, político-jurídica, ideológica), como dominios distintos que se fetichiza y se elabora en abstracto, se disocia y superpone, o se mezcla y confunde, sin captación de las conexiones y articulaciones ni del movimiento dialéctico concreto en que cada término nunca deja de ser activo. Las instancias aparecen como partes de un modelo en que todos son en principio influyentes, pero con el predominio de uno de ellos (estructura, modo de producción, tipo sociológico, régimen, etcétera) que somete a todos los elementos y actores a su determinación (causal-linear o por interacción mecánica).

Las diversas variantes del enfoque que se caracteriza críticamente sufren evidentemente la influencia del *pensamiento causalizante y finalizante del siglo XIX*. Aquél induce a concebirlo todo como un inmenso encadenamiento de causas y de significados sobreimpuestos. En virtud del aspecto *causalizante (científico)*, los efectos ya están por entero contenidos en las causas. Por consiguiente, no se logra concebir el cambio como creación de algo nuevo, y sí como la reproducción de un tiempo que se presenta como mero marco de referencia y pura yuxtaposición. El aspecto *finalizante (social)* atribuye desde el exterior a las sociedades y a las clases una serie de misiones de las que ellas no tienen conciencia en cuanto a su existencia y a la necesidad de cumplirlas. El movimiento de la historia aparece subordinado a una providencia, divina o laica-terrenal. Se trata de un discurso sobre la sociedad externo a la sociedad, concebido como dis-

<sup>2</sup> Ver: Serge Moscovici, *Essai sur l'histoire humaine de la nature*, Flammarion, Paris, 1968; S. Moscovici, *Hommes domestiques et hommes sauvages*, Union Générale d'Éditions, Collection 10/18, Paris, 1970; S. M. Moscovici, *Sociedad contra natura*, Siglo XXI Editores, México, 1975.

tribución demiúrgica de tareas por quienes se arrogan el derecho a hablar en nombre de otros, pensamiento totalitario que lleva —probable o necesariamente— a una práctica totalitaria.<sup>3</sup>

Este enfoque bajo examen practica finalmente un corte y crea una oposición entre estática y dinámica, entre sincronía y diacronía. El *tiempo* es escamoteado o reducido a un orden particular de sucesión, análogo a la coexistencia espacial, y disminuido así en su novedad radical. Se niega el verdadero tiempo, el social-histórico, el de la alteración absoluta, la creación y la indeterminación. Las estructuras y procesos se presentan como intemporales o atemporales, bajo el signo de la permanencia, en un perpetuo presente sin acontecimientos. La continuidad social marcha por sí sola, como reproducción estricta de la sociedad existente en el tiempo.

Las consecuencias para la teoría del Estado y su investigación concreta surgen y pueden ser desarrollados a partir de la caracterización realizada, pero se especifican en relación a dos grandes corrientes internas de este enfoque: el marxismo oficial-dogmático, la ciencia política norteamericana, especialmente el estructural-funcionalismo.

### *El marxismo oficial-dogmático*

Marx encarna, como bien subraya Kostas Papaioannou, el “demonio socrático que rehusa una vida puramente aceptada, no replanteada permanentemente”, “el elemento de inquietud por excelencia, una viviente puesta en guardia, una exigencia de rigor y de irreverente libertad”.<sup>4</sup> Expresa la voluntad de independencia intelectual y política, de claridad y sinceridad, de vigilia perpetua como corona y estigma, frente a un destino implacable y a los sufrimientos que inflige. Confiesa la unidad de propósitos como principal característica, la lucha como idea de felicidad, la sumisión como desdicha, el servilismo como vicio detestado. Adopta el “Nada humano me es extraño” como máxima, y el “Dudar de todo” como consigna.<sup>5</sup>

A partir de la conciencia de vivir un viraje de la Historia, de la negatividad liberadora que se yergue prometeicamente contra dioses y amos, y de la identificación con los intereses de los oprimidos. Marx crea una teoría, una reivindicación universalista de libertad y justicia, una práctica transformadora que un mundo trabajado por el movimiento histórico real se prepara para recibir. Proclama la subversión de los valores y condi-

<sup>3</sup> Ver, entre otros, Cornelius Castoriadis, *L'institution imaginaire de la société*, Seuil, Paris, 1975.

<sup>4</sup> Kostas Papaioannou, *Marx et les marxistes*, Flammarion, Paris, 1972, Introduction.

<sup>5</sup> Confesión de K. Marx, citada en David McLellan, *Karl Marx-His life and thought*, Paladin, 1976, pp. 456-7.

ciones existentes, la "voluntad de ser educador y legislador del tiempo humano", la posibilidad del paso del reino de la necesidad al reino de la libertad, y de la inauguración de la verdadera historia del género humano.

En su vida y en su obra, la teoría y la práctica científicas y políticas de Marx —y las de quienes han tratado de ser fiel a su proyecto—, suponen una vocación libertaria, un racionalismo crítico y relativista, un rechazo del dogmatismo y del autoritarismo, una empresa de desmistificación y desalienación. Despliegan así una actividad teórico-práctica que critica e impugna estructuras y sistemas, instituciones e ideologías, dominaciones y explotaciones. Nada puede ser absoluto y sagrado, ni escapar con tal pretensión al análisis, ni siquiera el propio marxismo. Éste, teoría de la historicidad, está en la historia y no puede negarla ni detenerla. Creado por seres humanos, tiene limitaciones, puede equivocarse y decaer. Teoría de las contradicciones, no puede eliminarlas de sí mismo.

En Marx y en sus más auténticos continuadores, el marxismo ha sido fecundo y operativo en la medida en que se lo utilizó sin limitaciones preestablecidas, en ejercicio y desarrollo permanentes, no como dogma sino como orientación teórica y metodológica para la praxis, incluso la científica. La verdad, el conocimiento de la realidad, se conciben como inexistentes *a priori*, horizontes a los que se tiende por aproximaciones sucesivas e intentos siempre renovados, un replanteo permanente de las premisas, las hipótesis, los análisis y las conclusiones.

La historia y la sociedad aparecen como procesos abiertos, sin fines predeterminados ni estaciones de llegada, carentes de racionalidad immanente que confiera sentido apriorístico a los hechos, las estructuras y los desarrollos. Son obra humana, resultados de los actores y sus interacciones, reales pero precarias, incorporadas al devenir y trabajadas y transformadas a su vez por éste.

Como corolario, se rechaza el determinismo, el economicismo, el evolucionismo, el historicismo, el voluntarismo, todo reduccionismo en suma.

Ya en vida de Marx, y de Engels, esta postura básica se afirma vigorosamente en sí misma, y en contraposición y crítica a las orientaciones de otras figuras de la época y a las deformaciones de los primeros discípulos.

La inagotable curiosidad intelectual y la vocación de actitud crítica y de rigor científico de Marx surgen así, por ejemplo, de las dilaciones en la preparación, la conclusión y la publicación de sus obras. "Después de quince años de estudio —escribe a Ferdinand Lasalle el 22 de febrero de 1858— he llegado lo bastante lejos para dominar el asunto (económico)... En realidad tengo entre manos la elaboración final (de la *Crítica de la economía política*). Pero la cosa hace progresos muy lentos, porque tan pronto como uno trata de llegar a un ajuste final en cuestiones que

durante años han sido el tema principal de estudio, aquéllas revelan constantemente nuevos aspectos, y exigen nueva consideración.”<sup>6</sup>

En carta a Weydemeyer del 27 de junio de 1851 Marx escribe: “Estoy lo más a menudo en el Museo Británico, de 9 horas de la mañana a 7 horas de la tarde. La materia sobre la cual trabajo es terriblemente densa, no podré terminar antes de seis u ocho semanas a pesar de mis esfuerzos. A lo que se agregan sin cesar las molestias prácticas, inevitables por las condiciones miserables en las cuales se vegeta aquí. A pesar de todo, la cosa se acerca a su fin. Es necesario que algún día le ponga término, de buen o mal grado. Los imbéciles democráticos que reciben sus luces «desde las alturas» no tienen evidentemente ninguna necesidad de parecidos esfuerzos. Para qué fatigarse con materiales económicos e históricos.”

Al criticar *Heráclito el oscuro* de Lasalle, en carta a Engels, del 10 de febrero de 1858, Marx advierte que “llevar mediante la crítica a una ciencia al punto en que pueda ser expuesta dialécticamente, es una cosa enteramente distinta de aplicar un sistema lógico abstracto de confección a meros indicios de tal sistema”.<sup>7</sup> También en crítica a Lasalle, otra carta a Engels del 9 de diciembre de 1861 advierte que “la ideologización lo invade todo y el método dialéctico está falsamente aplicado. Hegel nunca llamó dialéctica a la inclusión de una masa de «casos» en un principio general.”<sup>8</sup>

Proudhon “y los utopistas andan a la caza de una llamada «ciencia» por la cual se excogite *a priori* una fórmula para la «solución del problema social», en lugar de derivar su ciencia de un conocimiento crítico del movimiento histórico, movimiento que él mismo produce las *condiciones materiales de emancipación*... Para él (Proudhon), la ciencia se reduce a las dimensiones pigmeas de una fórmula científica; es un cazador de fórmulas” (carta de Marx a Schweitzer, 24 de enero de 1865).<sup>9</sup>

Opuesto a la conversión de su actividad teórica, de su método y de sus investigaciones concretas en un sistema y en una dogmática, Marx multiplica las cautelas y las advertencias sobre el alcance de su obra. Así, en un documento redactado por el propio Marx para servir de modelo a una crítica periodística de *El Capital*, que Engels reproduce casi textualmente en *Der Beobachter* de Stuttgart, 27 de diciembre de 1867, el primero dice que conviene distinguir en la obra criticada, por una parte los “desarrollos positivos”, y por la otra las “conclusiones tendenciosas” que el autor extrae de aquéllos. Según el crítico imaginario, los primeros constituyen un enriquecimiento real de la ciencia. En cuanto a la tendencia del autor, se debe nuevamente distinguir: “Cuando él demuestra que la sociedad actual, considerada desde el ángulo de la economía, está

<sup>6</sup> Carlos Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, Editorial Problemas, Buenos Aires, 1947, p. 242.

<sup>7</sup> Marx y Engels, *Correspondencia*, cit., p. 122.

<sup>8</sup> *Correspondencia*, cit., p. 147.

<sup>9</sup> *Correspondencia*, cit., p. 190 y 191.

grávida de un tipo social nuevo y superior, no hace más que revelar, desde el punto de vista social, el proceso de evolución que Darwin ha descubierto en el dominio de la historia natural... A la inversa, la tendencia *subjetiva* del autor (que la imponen quizás su posición política y su pasado), es decir la manera con que él mismo se representa o con que él presenta a los otros el resultado último del movimiento actual, del proceso social actual, no tiene ninguna relación con su análisis real. Si se pudiera entrar en el detalle, se llegaría quizás a mostrar que su análisis «objetivo» refuta sus propias fantasías «objetivas»... (Marx a Engels, 7 de diciembre de 1867).<sup>10</sup>

Otra advertencia de Marx sobre el alcance de su obra, que también conserva como las anteriores una notable actualidad, es efectuada por aquél al director del periódico ruso *Otycestvenniye Zapisky* (*El Memorial de la Patria*), en carta de fines de 1877: “El capítulo (de *El Capital*) sobre la acumulación primitiva no pretende más que trazar el camino por el cual surgió el orden económico capitalista, en Europa Occidental, del seno del régimen económico feudal... Eso es todo. Pero no lo es para mí crítico (N. K. Mijailovsky, prominente teórico del populismo ruso). Se siente obligado a metamorfosear mi esbozo histórico de la génesis del capitalismo en el Occidente europeo en una teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino le impone a todo pueblo, cualesquiera sean las circunstancias históricas en que se encuentre... Así pues, sucesos notablemente análogos pero que tienen lugar en medios históricos diferentes, conducen a resultados totalmente distintos. Estudiando por separado cada una de estas formas de evolución y comparándolas luego, se puede encontrar fácilmente la clave de este fenómeno, pero nunca se llegará a ello mediante el pasaporte de una teoría histórico-filosófica general cuya supremacía virtud consiste en ser suprahistórica.”<sup>11</sup>

El pensamiento y la obra de Marx rehúsan el fatalismo en la historia y la sacralización de cualquiera de sus protagonistas. Así, por una parte, en un discurso publicado en el diario cartista *People's Paper* del 19 de abril de 1856, Marx hace el siguiente balance: “Hay un gran hecho característico de este nuestro siglo diecinueve, un hecho que ningún partido se atreve a negar. Por una parte han nacido fuerzas industriales y científicas que jamás sospechará época alguna de la pasada historia humana. Por otra existen síntomas de decadencia, que sobrepasan en mucho los horrores registrados en los últimos tiempos del Imperio Romano. En nuestros días, todo parece estar preñado de su contrario. La maquinaria dotada del maravilloso poder de acortar y justificar el trabajo humano, la vemos hambrearlo y recargarlo. Por un extraño y horripilante hechizo, las

<sup>10</sup> Marx a Engels, 7 de diciembre de 1867, reproducido casi textualmente por Engels en *Der Beobachter*, Stuttgart, 27 de diciembre de 1867, *Marx-Engels Archiv II*, 1927, pp. 433 y ss, citado en Maximilien Rubel, *Karl Marx-Essai de biographie intellectuelle*, Marcel Rivière, Paris, 1957, p. 435.

<sup>11</sup> *Correspondencia*, cit., p. 369.

fuentes de riqueza recién nacidas se transforman en fuentes de necesidad. Las victorias de la técnica parecen tener por precio la pérdida de carácter. Al mismo tiempo que la humanidad domina a la naturaleza, el hombre parece volverse esclavo de otros hombres o de su propia infamia. Incluso la vida pura de la ciencia parece incapaz de brillar si no es sobre el oscuro fondo de la ignorancia. Todas nuestras invenciones y progresos parecen tener como resultado dotar a las fuerzas naturales de vida intelectual y estupidizar la vida humana convirtiéndola en una fuerza material. Este antagonismo entre la industria y la ciencia modernas, por una parte, y por otra entre la miseria y la disolución modernas; este antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de nuestra época, es un hecho palpable, aplastante e incontrovertible. Algunos podrán deplorarlo; otros podrán desear librarse de las artes modernas a fin de librarse de los conflictos modernos. O podrán imaginar que un progreso tan señalado de la industria requiere ser completado por una reacción igualmente señalada en la política. Por nuestra parte, no confundimos la forma del espíritu sutil que sigue marcando todas esas contradicciones. Sabemos que si las nuevas fuerzas de la sociedad han de trabajar satisfactoriamente, lo único que se requiere es que sean dominadas por hombres nuevos; y éstos son los obreros. Ellos son, tanto como la maquinaria, invención de los tiempos modernos... Los obreros ingleses son los primogénitos de la industria moderna. Luego no serán, ciertamente, los últimos en ayudar a la revolución social producida por esa industria; revolución que significa la emancipación de su clase en todo el mundo, revolución que es tan universal como el poder del capital y la esclavitud asalariada...<sup>12</sup>

En un discurso pronunciado en el Comité Central de Londres de la Liga Comunista, el 15 de septiembre de 1850, parte de la lucha entre fracciones que desgarraba aquélla, Marx hace las siguientes diferenciaciones: "La minoría (la fracción de izquierda) remplace el punto de vista de la crítica por el dogmatismo, y el materialismo por el idealismo. Considera a la *voluntad pura* como la fuerza motriz de la revolución, en lugar de las condiciones reales. En tanto que nosotros les decimos a los obreros: "Vosotros tendréis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y guerras nacionales, no meramente para cambiar vuestras condiciones, sino a fin de cambiaros vosotros mismos y volveros aptos para el poder político» ustedes, en cambio, les dicen: Debemos obtener el poder inmediato, de lo contrario podemos acostarnos e irnos a dormir. En tanto que nosotros les señalamos a los obreros alemanes especialmente la naturaleza poco desarrollada del proletariado alemán, ustedes adulan en la forma más cruda los sentimientos nacionales y los prejuicios artesanales de los artesanos alemanes, lo que es desde luego más popular. Del mismo modo que los demócratas tornaran la palabra *pueblo* en un ser sagrado, ustedes lo han hecho con la palabra *proletariado*. Igual

<sup>12</sup> *Correspondencia*, cit., p. 107.

que los demócratas, ustedes sustituyen el proceso revolucionario por frases revolucionarias, etcétera’.”<sup>13</sup>

Desaparecido Marx, es Engels quien debe puntualizar distorsiones emergentes en la interpretación de la teoría de Marx y de sus alcances.<sup>14</sup> Critica a quienes “no entienden la teoría y la tratan en forma abstracta y dogmática, como algo que debe aprenderse de memoria y que proveerá entonces sin más a todas las necesidades... Es un *credo* y no una guía para la acción” (carta a Sorge, 29 de noviembre de 1886). “Nuestra teoría no es un dogma, sino la exposición de un proceso de evolución, y este proceso incluye etapas sucesivas” (carta de Engels a Florence Kelly Wischnewetsky, 28 de diciembre de 1886). “Nuestra teoría es una teoría de desarrollo, no un dogma a aprender de memoria y a repetir mecánicamente” (carta a Florence Kelly Wischnewetsky, 27 de enero de 1887).<sup>15</sup>

Especialmente significativa es la carta de Engels a Conrad Schmidt, del 5 de agosto de 1890: “...la concepción materialista de la historia también tiene hoy día un montón de amigos a quienes les sirve de excusa para no estudiar historia. Diré lo mismo que acostumbraba a decir Marx a propósito de los ‘marxistas’ franceses de fines del 70: ‘Todo lo que sé es que yo no soy marxista’...”

“...En general, la palabra *materialista* les sirve a muchos de los jóvenes escritores alemanes de simple frase mediante la cual se rotula sin más estudio toda clase de cosas: pegan esta etiqueta y creen que la cuestión está resuelta. Pero nuestra concepción de la historia es, por sobre todo, una guía para el estudio, y no una palanca para construir a la manera de los hegelianos. Es necesario reestudiar toda la historia, deben examinarse en cada caso las condiciones de existencia de las diversas formaciones sociales antes de tratar de deducir de ellas los conceptos políticos, jurídicos, estéticos, filosóficos, religiosos, etcétera, que les corresponden. A este respecto sólo muy poco se ha hecho hasta ahora, porque pocas personas se han dedicado a ello seriamente... Demasiados jóvenes alemanes se limitan a emplear la frase materialismo histórico (y todo puede convertirse en frase), a fin de reunir en un sistema definido y tan rápida-como sea posible sus relativamente escasos conocimientos históricos... y entonces imaginan ser algo tremendo.”

“...Cuan reducido es el número de los jóvenes escritores afiliadas al Partido que se toman el trabajo de estudiar la economía, la historia de la economía, la historia del comercio, de la industria, de la agricultura, de las formas sociales... El descaro del periodista ha de suplirlo todo, y el resultado es proporcional. Paracería a menudo que esos sectores

<sup>13</sup> Citado en Boris Nicolaievsky and Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx-Man and fighter*, Pelican Books, 1976, p. 231.

<sup>14</sup> Sobre el papel de Engels como expositor del pensamiento de Marx, ver entre otros Maximilien Rubel, *Marx critique du marxisme*, Payot, Paris, 1974, pp. 17 a 24.

<sup>15</sup> *Correspondencia*, cit., pp. 462, 465, 466.

piensan que cualquier cosa es suficientemente buena para los obreros. ¡Si esos caballeros supieran tan sólo que Marx consideraba que sus mejores cosas no eran todavía bastante buenas para los obreros, y que consideraba criminal ofrecer a los obreros algo inferior a lo mejor de lo mejor!”<sup>16</sup>

Este tipo de problemas reaparece después de la Revolución Rusa de 1917, ya no sólo como problema científico y político sino como amenaza para el proyecto de creación de un nuevo Estado y de una nueva sociedad. Su denuncia y su crítica está a cargo de la máxima figura de la revolución bolchevique y del nuevo sistema, Lenin.<sup>17</sup> En un discurso pronunciado en el III Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia, el 2 de octubre de 1920, Lenin comienza por afirmar que las tareas de la juventud en general, y de las organizaciones juveniles comunistas en particular, se define “con una sola palabra: aprender”. Pero “esta palabra no responde a las preguntas principales y más esenciales”: ¿Qué enseñar a la juventud y cómo ha de aprender, cómo prepararla para que termine y corone la obra de construcción de la nueva sociedad?

“... Con la transformación de la vieja sociedad capitalista, la enseñanza, la educación y la instrucción de las nuevas generaciones, llamadas a crear la sociedad comunista, no pueden seguir siendo lo que eran antes... Deben partir de los materiales... la suma de conocimientos, organizaciones e instituciones... el acervo de medios y fuerzas humanas que hemos heredado de la vieja sociedad.”

No basta “asimilar el conjunto de conocimientos que se expone en los manuales, folletos y obras comunistas... Esto nos daría con excesiva facilidad escolásticos y *fanfarrones comunistas*, lo que después nos causaría mucho daño y perjuicio, porque estas gentes... serían incapaces de coordinar todos estos conocimientos y obrar como exige realmente el comunismo...” “... El conocimiento libresco..., adquirido en folletos y obras comunistas, no tiene absolutamente ningún valor, ya que no haría más que continuar el antiguo divorcio entre la teoría y la práctica...”

“... ¿Qué debemos tomar de la vieja escuela, de la vieja ciencia?... La vieja escuela era una escuela libresca, ... de adiestramiento autoritario..., de enseñanza memorista... pero hay que saber distinguir lo que tenía de malo y de útil para nosotros la vieja escuela...”

“Sería equivocado pensar que basta con saber las consignas comunistas, las conclusiones de la ciencia comunista, sin adquirir la suma de conocimientos de los que es consecuencia el comunismo... El marxismo es un ejemplo de cómo el comunismo es resultado de la suma de conocimientos adquiridos por la humanidad.” “Marx se apoyaba en la sólida base de los conocimientos humanos adquiridos bajo el capitalismo”, había asimilado “plenamente todo lo que la ciencia había dado hasta enton-

<sup>16</sup> *Correspondencia*, cit., pp. 483 y ss.

<sup>17</sup> Lenin, *Obras secogidas*, Editorial Progreso, Moscú, pp. 632 y ss.

ces... Marx analizó de un modo crítico, sin desdeñar un solo punto, todo lo que había creado el pensamiento humano..."

"...Sólo se puede crear una cultura proletaria conociendo con precisión la cultura que ha creado la humanidad en todo su desarrollo y transformándola... La cultura proletaria tiene que ser el desarrollo lógico del acervo de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista..."

"...El comunista que se vanagloriase de su comunismo simplemente por haber recibido unas conclusiones ya establecidas, sin haber realizado un trabajo muy serio, muy difícil y muy grande, sin analizar los hechos, frente a los que está obligado a adoptar una actitud crítica, sería un comunista muy lamentable. Sermejante actitud superficial sería funestísima. Si yo sé que sé poco, me esforzaré por saber más; pero si un hombre dice que es comunista y que no tiene necesidad de conocimientos sólidos, jamás saldrá de él nada que se parezca a un comunista."<sup>18</sup>

A este sentido original se contraponen la versión *oficializada* y *dogmática* que del marxismo da el stalinismo.<sup>19</sup> A partir de la experiencia soviética, las formas adoptadas por un proceso de tránsito del atrasado capitalismo ruso hacia un proyecto de sociedad socialista, con limitaciones y deformaciones específicas, son convertidas en paradigma de un socialismo pretendidamente realizado. La necesidad pasa a ser virtud. Una teoría crítica de todas las formas de dominación y explotación, de opresión y mistificación, es convertida en doctrina justificatoria de las formas aplastantes y alienantes a que dan lugar las exigencias de la acumulación, la industrialización y la modernización aceleradas en un país atrasado y aislado, carente de tradiciones (socioculturales y políticas) de tipo democrático, al que se pretende hacer quemar etapas para su desarrollo histórico.<sup>20</sup>

El nuevo sistema se funda en el aparato del Estado y del Partido. Un primer proyecto de *socialismo estatista* deriva hacia un nuevo sistema que ya no es capitalismo pero que tampoco llega a ser socialismo; nueva categoría histórica de sociedad de clases que amalgama elementos diver-

<sup>18</sup> Para un análisis de las fluctuaciones de Lenin en cuanto al dogmatismo, ver Adam B. Ulam, *Lenin and the Bolsheviks*, Fontana Collins, Glasgow, 1977, *passim*.

<sup>19</sup> Sobre la caracterización y el análisis crítico del marxismo oficial-dogmático ver, dentro de una enorme literatura: Herbert Marcuse, *Soviet Marxism-A critical analysis*, Pelican Books, 1971; André Stawar, *Libres essais marxistes*, Seuil, Paris, 1963; Leszek Kolakowski, *Marxism and beyond*, Paladin, 1971; L. Kolakowski, *El hombre sin alternativa*, Alianza Editorial, Madrid, 1970.

<sup>20</sup> Sobre la génesis y desarrollo del stalinismo, ver entre otros: Moshe Lewin, *Le dernier combat de Lénine*, Les Editions de Minuit, Paris, 1967; Roy A. Medvedev, *Let History judge. - The origins and consequences of Stalinism*, Vintage Books, New York, 1973; Charles Bettelheim, *Les luttes de classes en URSS*, dos volúmenes, Seuil/Maspero, Paris, 1974 y 1977; J. P. Netti, *Bilan de P.U.R.S.S., 1917-1967*, Seuil, Paris, 1967; K. Papaioannou *Marx...*, cit., *passim*.

sos; forma extrema de capitalismo de Estado o modo de producción estatista que pretende reivindicarse y legitimizarse con la definición y el prestigio del proyecto revolucionario marxista de origen.<sup>21</sup>

El modelo de partido dirigente se funda en el centralismo estricto, la jerarquización rígida y el monopolio del poder político y la dominación social. El partido tiende por su naturaleza a construir todo el sistema social a su imagen y semejanza. Su aparato y el del Estado se seldan y se identifican. El Estado se coloca por encima de la sociedad, la desplaza cada vez más a una posición subordinada, se vuelve su amo, dispone soberanamente de ella, le impone sus intereses propios en prioridad sobre los de ella y de las clases y grupos que la componen.

El monopolio directo y total del Estado, del Partido y de la instancia política en parte presupone y sobre todo permite cada vez más a la nueva burocracia que los controla ejercer una dictadura autocrática; concentrar los poderes políticos, económicos, sociales y culturales; transformarse en algo que se acerca o llega a ser una nueva clase dirigente.

Este *estatismo politocrático* requiere una operación sistemática en la instancia de la cultura y la ideología; una acción totalizante que se ejerce sobre la educación y la información, la agitación y la propaganda, la literatura y el arte, la ciencia y la técnica, las formas organizativas de la vida económica y social y el tiempo libre. A través de un alto grado de diversificación y centralización simultáneas de los medios (organizaciones de masas, prensa, regimentación de los productores culturales, aparatos represivos) se busca y en medida considerable se logra: el condicionamiento psicológico; el sometimiento de la razón; la captación de las conciencias; la propagación de la fe; el logro de consenso y unanimidad; la homogenización y standarización de los ciudadanos; todo ello en función de los intereses y objetivos de la burocracia gobernante y dominante.<sup>22</sup> El modelo stalinista dota al Estado de todos los medios requeridos para una dominación política total, entre ellos, la unidad realizada de poder

<sup>21</sup> Sobre la caracterización del régimen soviético y similares, ver, además, de la bibliografía citada en nota (20): Pierre Naville, *La bureaucratie et la révolution*, Anthropos, Paris, 1972; Cornelius Castoriadis, *La société bureaucratique*, 1: *Les rapports de production en Russie*; 2: *La révolution contre la bureaucratie*, Union Générale d'Éditions, Coll. 10/18, Paris, 1973; Gilles Martinet, *Les cinq communismes*, Seuil, Paris, 1971; Tony Cliff, *State capitalism in Russia*, Pluto Press, London, 1974; *Man, state and society in the Soviet Union*-Edited by Joseph L. Noyes, Praeger Publishers, New York, 1972.

<sup>22</sup>, <sup>23</sup>, <sup>24</sup> y <sup>25</sup> Ver, además de bibliografía citada en (20 y 21): Mihailo Markovic, *Dialéctica de la praxis*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972; Ljubomir Tadic, *Le prolétariat et la bureaucratie*, y Andrija Kresic, *Politique et communauté humaine*, en el volumen *Etatisme et autogestion - Bilan critique du socialisme yougoslave*, Anthropos, Paris, 1973; Henri Lefebvre, *De l'Etat*: 1. *L'Etat dans le monde moderne*, 2. *Théorie marxiste de l'Etat de Hegel a Mao*, Union Générale d'Éditions Coll. 10/18, Paris, 1976, *passim*; Yvon Bourdet, *La délivrance de Prométhée*; Anthropos, Paris, 1970; Y. Bourdet, *Qu'est-ce qui fait courir les militants*, Stock, Paris, 1976.

y saber, de lo estatal y lo científico, de la filosofía-razón de Estado y el conocimiento institucionalizado.<sup>23</sup> Se produce la fetichización simultánea del liderazgo, la política y el saber, a través de un proceso de identificación por encadenamiento de equivalencias. El jefe es un ser total que une la ciencia y la filosofía con la política. Su práctica político-revolucionaria, su control de los aparatos gubernamentales e ideológicos del Estado, posibilitan y justifican a la vez su jefatura, su acceso necesario a la verdad que monopoliza, su conversión en el gran especialista en todo que da órdenes a todos los especialistas.

El sistema abarca e integra todos los dominios y fragmentos del saber, los sistematiza en un todo coherente que incorpora y estructura todo según un objetivo y a través de un proceso político. El saber total instituido como saber de Estado que se impone a filósofos y científicos, a la pedagogía y la enseñanza, se trasmite por toda la sociedad y establece su supremacía en todos sus niveles. Se trata de una integración dogmática que da unidad y coherencia ficticias a fragmentos mistificados, logra una aceptación compulsiva y resignada, debilita las bases, procesos y resultados del conocimiento, y está permanentemente amenazado por el descrédito, la impugnación y la desintegración.

A partir del control centralizado sobre el partido y el Estado de la Unión Soviética, por transmisión descendente sobre la mayoría de los partidos del resto del mundo que aceptan el liderazgo de aquella, una autoridad infalible define e institucionaliza la teoría y su ortodoxia, los textos sagrados, los tabúes y las autorizaciones. Se promueve en militantes y simpatizantes, el conformismo riguroso y la mentalidad rígidamente disciplinada, que son desfavorables a la vida intelectual, a la crítica, a la investigación, y que se contraponen a toda hipótesis, a toda aspiración, a toda disidencia, y por último a la realidad misma.

El marxismo oficial se convierte en un nuevo dogmatismo, que aparece como sistematización definitiva de tesis absolutas, afirmaciones filosófico-políticas, elementos ético-religiosos, manifestaciones irracionales o mágicas, mecanismos formalizadores. La codificación resultante se acerca a la doctrina eclesiástica, con pretensión de objetividad absoluta, autenticidad ontológica y verdad moral.

La teoría marxista se degrada en un escolasticismo que arregla textos y conceptos, gira en el vacío, tiende a volverse un metalenguaje, reduce el esfuerzo investigativo a la distancia más corta entre dos citas, desdeña las enseñanzas y correctivos de la experiencia histórica.

El autoritarismo suficiente, el desplazamiento del método por el sistema, llevan a las generalizaciones abusivas, al escamoteo de diferencias y particularidades, a la pérdida del sentido de especificidad y concreción, al empobrecimiento de la realidad dada y de las virtualidades contenidas en ellas y en su devenir. El dogmatismo teórico se combina con el empirismo burdo y el pragmatismo sin condiciones ni límites.

El determinismo mecánico y el reduccionismo extremo que constituyen el producto final y el contenido sustantivo del marxismo oficial-dogmático ignoran la compleja trama de fuerzas, relaciones y formas sociales. Se subestima o se desconoce la interrelación entre los aspectos y niveles de la realidad. Se suprime la historia y se niega el papel de lo nuevo y lo inesperado. Con total impermeabilidad a las comprobaciones empíricas, se fundamenta y asume un optimismo incondicional que afirma su fe en la fatalidad de los triunfos futuros.

Los resultados se manifiestan en la degradación teórica, la limitación metodológica y técnica, la esterilización científica, la frustración política. El pensamiento marxista se estanca y retrasa. Los análisis sociológicos y políticos de mayor seriedad y fertilidad proceden durante décadas de marxistas independientes que eluden las limitaciones y frustraciones impuestas por los aparatos de la izquierda, o bien de investigadores paramarxistas o no-marxistas.<sup>24</sup>

Las consecuencias de esta situación para las Ciencias Sociales en general, y en particular para la Ciencia Política, surgen ante todo de las restricciones impuestas al pensamiento crítico, a la investigación sin trabas del pasado (historia ignorada o re-escrita en función de las variables necesidades políticas de países y partidos) y de los fenómenos contemporáneos. Estas restricciones se dan a la vez en el campo problemático y en la teoría, en los métodos y en las técnicas, en los resultados de la investigación y en la evaluación de sus implicaciones políticas.

La situación del científico social que es militante o simpatizante de un partido o grupo más o menos radical, su actividad y los resultados de ésta, están determinados por uno de los aspectos centrales del modelo político-cultural elaborado en la fase stalinista de la URSS y adoptado en mayor o menor grado por los demás países y partidos de su bloque.<sup>25</sup> Este modelo supone que el científico social, como todo intelectual, lleva los estigmas de un doble pecado de origen clasista y de función social, que sólo puede superar por la integración en el movimiento de masas pero a través de una mediación necesaria. *Un* partido, y sólo uno, se autoerige en expresión necesaria de las clases trabajadoras y populares, como vanguardia revolucionaria, y fuera de él se está condenado a la impotencia y a la traición. Solamente a través del partido (generalmente dirigido por intelectuales de algún tipo), se purgan los pecados de origen y se controlan las desviaciones que en los intelectuales y científicos sociales parecen ser inevitables si aquéllos quedan librados a sus propias fuerzas y limitaciones.

El partido opera de acuerdo al modelo ideológico-operativo que se indicó, con incidencia negativa fácilmente comprensible para las ciencias sociales y los militantes de partido que las asumen. Los hechos sociales y políticos no son analizados para extraer leyes generales y directrices de acción apropiadas. Se parte de una línea política preestablecida por los dirigentes infalibles, para ilustrarla, justificarla y aplicarla al pie de la

letra. Para los dirigentes, y para los científicos que lo aceptan, las ciencias humanas y sociales, sus teorías y sus métodos, sus técnicas y sus resultados, los especialistas que la practican, sufren una condenación apriorística y global, están bajo sospecha, como productos e instrumentos de la burguesía y del imperialismo. Sabiduría, verdad y eficacia residen necesaria y fatalmente en el partido predestinado a expresar y dirigir a las masas. Las ciencias humanas y sociales son rescatables y ejercibles sólo como servidoras de las instancias superiores de la respectiva organización política, y en la medida que aparezcan como emanación de la ortodoxia que tales instancias fijan.

El marxismo se define originariamente como síntesis y base de la investigación científica sobre la vida del hombre en la sociedad y en la historia. Convertido luego por burocracias de partido y de Estado en ideología y lenguaje de decisión, aquel cordón umbilical se rompe. El proyecto político deja de apoyarse en el proyecto científico; se disocia del movimiento intelectual contemporáneo, especialmente en el campo de las ciencias sociales; se vuelve impermeable al desarrollo de los problemas teóricos y empíricos, que son rechazados contra toda evidencia.

Todo ello genera un círculo vicioso que incorpora como rasgos y efectos la carencia de creatividad, la falta de oferta de alternativas teóricas y metodológicas, y de conocimiento confiable y relevante; la insuficiencia y rigidez de los análisis; el desinterés por fenómenos y conflictos nuevos y por alternativas inéditas.

Los científicos militantes pierden autonomía, fertilidad, imaginación, rigor, sentido de su papel específico y hasta de su propia identidad. En la medida en que deben valorarse a sí mismos y a sus actividades según la aprobación o la crítica de sus dirigentes políticos, carecen de elementos para una autoevaluación objetiva, se vuelven inseguros de lo que piensan y hacen. Separados de los dirigentes por la inaccesibilidad o la suficiencia imperturbable de éstos, y de los científicos sociales que no pertenecen al partido por la propia rigidez sectaria, se ven obligados a girar en el vacío de una subcultura endogámica, y privados de la interacción fertilizante con sus pares. Al no contar más que con diálogo y la comprensión de sus iguales en el seno del partido, en condiciones que presuponen y exigen el acuerdo unánime y *a priori* sobre lo esencial, esta situación de *ghetto* se autoalimenta indefinidamente. Todo ello confluye además en otro orden de consecuencias: el referido a la doble incapacidad para enfrentar a la reacción derechista, y para ejercer algún tipo de influencia masiva.

No existe un reconocimiento auténtico y efectivamente garantizado en la práctica de la necesidad y validez de la tarea teórica y de la investigación empírica. Se incurre en análisis irreales o mitológicos de procesos, grupos, estructuras y sistemas. Los esquemas analíticos originarios son transpuestos mecánicamente —sin examen crítico, reelaboración ni actualización— a las realidades específicas de otras regiones y etapas histó-

ricas y a fenómenos totalmente nuevos. Desde el punto de vista de la Ciencia Política, especialmente, se afirma la primacía de un determinismo mecanicista y rectilíneo en el análisis de las interacciones entre las llamadas infraestructura y supraestructura, categorización que por otra parte se rehúsa someter a nuevo examen crítico. Se ignora el papel de las mediaciones, así como la especificidad, la autonomía y la eficacia relativas, fundadas en sus realidades y estructuras propias, de los distintos aspectos y niveles de una sociedad. Ello aparece evidente en los análisis de los fenómenos culturales e ideológicos, de la política y del Estado, del Derecho.<sup>26</sup>

El tratamiento de las llamadas superestructuras oscila en efecto entre el economicismo y el voluntarismo. Por una parte, los fenómenos ideológicos y políticos, el Estado y el Derecho, son referidos inmediatamente a la base, a los niveles de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, determinados por éstas, como su reflejo inmediato o como simples apéndices que siguen sus variaciones y vicisitudes. Por otra parte, parece considerarse que la voluntad de la clase dominante, sujeto histórico en acción, crea el sistema político, el Estado, el Derecho, la ideología y la cultura. En uno u otro caso, y a menudo de modo combinado, fuerzas productivas, relaciones de producción, clases dominantes, son privilegiadas de modo excluyente, como esencia creadora, principio genético, clave de inteligibilidad, en relación con lo cual las "superestructuras" aparecen como fenómenos derivados sin especificidad, concreción ni autonomía. En la medida en que los sistemas políticos, el Estado, el Derecho, son identificados con la base y con la clase dominante, de modo absoluto e incondicional, en subordinación mecánica e instrumental, no pueden convertirse en objetos específicos, teóricamente contruidos, de la investigación científica. No pueden tampoco establecerse relaciones reales, científicamente analizables y verificables, entre los distintos niveles y aspectos de la realidad.

En las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial, se va produciendo una crisis del marxismo oficializado y dogmático como vertiente inspiradora de las ciencias sociales y de la ciencia política.<sup>27</sup> Las crisis y transformaciones de la sociedad soviética y de los países de Europa oriental en el periodo poststalínista, el malestar que gradualmente se apodera de partidos comunistas de Europa Occidental, los avatares de la descolonización y de la *emergencia* del Tercer Mundo, la diversificación de alternativas y experiencias sociopolíticas, han convergido en la producción

<sup>26</sup> y <sup>27</sup> Ver: Papaioannou, *Marx et...*, cit.; George Lichteim, *El marxismo- Un estudio histórico y crítico*, Anagrama, Barcelona, 1971; F. Chatelet, E. Písier Kouchner, J. M. Vincent, *Les marxistes et la politique*, Presses Universitaires de France, Paris, 1975; Maximilien Rubel, *Marx critique...*, cit.; Pierre Ansart, *Marx y el anarquismo*, Barral, Barcelona, 1972; H. Lefebvre, *De l'Etat*, 1 y 2, cits.; H. Lefebvre, *Problèmes actuels du marxisme*, Presses Universitaires de France, Paris, 1958.

de fenómenos inéditos. La tradicional Meca soviética se desacredita y es puesta en duda o abiertamente impugnada. Se rechaza el monolitismo rusocentrista y su pretensión de modelo único. Se reivindica el policentrismo, el derecho al modelo propio y a los caminos nacionales específicos para el cambio social y la instauración del socialismo. Se afirma la conciencia de la necesidad de nuevos instrumentos teóricos y prácticos, de nuevos valores y formas, aplicables a las especificidades, regionales y nacionales y a nuevas etapas históricas. El creciente deshielo permite la curiosidad, el sentido crítico, la renovación de inquietudes y afirmaciones, la recepción de aportes de otras corrientes científicas. Se reivindica el valor de la teoría, de la metodología, de las técnicas, de la verificación empírica.

Con altos y bajos, avances y retrocesos, el dogmatismo oficializado y monolítico ha sido desacreditado y quebrado, y es dudoso que nada ni nadie pueda reconstruirlo ni reemplazarlo. De sus escombros, a través de sus grietas, han surgido corrientes más libres y creativas. Debe anotarse sin embargo, sin poder dar a esta cuestión mayor desarrollo en este trabajo, que el movimiento renovador encuentra o genera obstáculos y peligros nuevos de diverso tipo. Ellos van desde diversas tentativas de reconstitución y modernización de la antigua ortodoxia arqueo-stalinista bajo formas encubiertas y respetables (el neostalinismo de Althusser y su escuela), hasta la conversión del esfuerzo crítico y renovador en modas pasajeras y ejercicios de oportunismo académico-político.<sup>28</sup>

### *La ciencia política occidental*

La segunda gran tendencia que puede incluirse en el enfoque restrictivo, formalista y estático proviene de las universidades e instituciones académicas de los Estados Unidos y, de manera secundaria y posterior, de Europa Occidental.<sup>29</sup>

Desde fines del siglo XIX, la ciencia política se constituye cada vez más en los Estados Unidos como disciplina autónoma; se institucionaliza en sus universidades; progresa rápidamente en la especialización, en los métodos y técnicas de investigación empírica y, luego, también en la teorización. Perceptibles ya en etapas anteriores, sus orientaciones básicas se

<sup>28</sup> De entre la gama de críticas a Louis Althusser y su escuela, ver: H. Le-febvre, *Au-delà du structuralisme*, Anthropos, Paris, 1971, pp. 313 a 346, 371 a 417; Raymond Aron, *Marxismes imaginaires*, Gallimard, 1970, pp. 193 y ss; J. M. Vincent et al., *Contre Althusser*, Union Générale d'Éditions, Coll. 10/18, Paris, 1974.

<sup>29</sup> Sobre la ciencia política norteamericana ver, entre otras obras: James C. Charlesworth, Editor, *Contemporary Political Analysis*, The Free Press, New York, 1967; David Easton, Editor, *Varieties of Political Theory*, Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, N. J., 1966.

perfilan claramente a partir de la Segunda Guerra Mundial, y reflejan los cambios producidos en la situación interna y en la posición y el papel internacional de los Estados Unidos.

Hacia 1945, los Estados Unidos emergen como primera potencia capitalista, con superioridad en los niveles de crecimiento económico y capacidad tecnológica, en el logro de una relativa paz social, en un sistema político estabilizado. A ello se agrega una fuerte concentración del poder en grupos económicos, políticos y militares, y con la necesidad y la posibilidad de ejercer la hegemonía sobre el resto del bloque capitalista avanzado y sobre el Tercer Mundo. La satisfacción por el modelo interno es acompañada por la pretensión de ofrecerlo como *paradigma* al mundo entero, para reorganizarlo a la imagen y semejanza de la metrópoli y de acuerdo a los intereses y a la ideología de sus grupos dominantes. Estrategias globales y tácticas parciales van siendo elaboradas para el logro de tales objetivos. Comprobada sin embargo la existencia de fuerzas y tendencias que, fuera y dentro de los Estados Unidos, cuestionan y amenazan esta perspectiva, se tiende a promover estructuraciones que aseguren la coherencia, el equilibrio, la autorregulación, la conservación del orden existente y las condiciones básicas de la hegemonía y la dominación.

Esta necesidad hace surgir formas culturales, científicas y técnicas que operan en tal sentido y permiten elaborar una ideología del *statu quo* y, a través de ella y otros mecanismos convergentes, seleccionar los cuadros, ejercer una coacción que integre a los grupos e individuos y excluya a los desviantes. Las ciencias sociales son llevadas a desempeñar un papel en esta dinámica, y al hacerlo, se ven influidas en su configuración, en sus caracteres y en sus orientaciones.

Como se dijo, la creciente división del trabajo, las tendencias conflictuales y disgregantes en la sociedad, la acción sobredeterminante de las estructuras institucionales, fragmentan el conocimiento y la acción en ciencias sociales particularistas. El conocimiento se organiza socialmente y se fija en instituciones académicas y gubernamentales. La cultura se burocratiza. Enseñanza e investigación dependen cada vez más de núcleos concentrados de poder y decisión y de enormes aparatos (económicos, políticos, militares), que imponen sobre aquéllas sus intereses y sus ideologías, sus orientaciones y sus objetivos, sus demandas y sus normas. Una dinámica conservadora tolera poco o nada lo que contraríe sus premisas, o salga de los marcos de sus finalidades y previsiones. No se promueven en consecuencia, los tipos de enseñanza y de investigación que sean objetivos, desinteresados, críticos (excepto los que puedan emerger en los intersticios del sistema, por rivalidad entre instituciones o como reflejo de fuerzas disidentes o conflictivas).

Esta enérgica acción estructurante influye en los cambios producidos en la situación y las posibilidades de los docentes y de los investigadores. Éstos se vuelven, cada vez más, asalariados de categoría superior, apres-

dos en la división del trabajo y en las actividades parcelarias, subordinados y condicionados, sumidos en la incertidumbre del *status* y de las funciones, desarraigados de una sociedad global a la que realmente no representan, no expresan ni educan.

La acción de los sociólogos políticos y de los politólogos subsumidos en esta dinámica combina generalmente un doble movimiento. Por una parte, su actividad refuerza la parcialización del conocimiento en disciplinas particulares, mutuamente escindidas y competitivas, y consolida la fragmentación de la realidad humana, social y cultural en temas de investigación, con la consiguiente pérdida de aspectos importantes. Por otra parte, individuos y grupos académicos con vocación tecnocrática pretenden constituirse en grupos de presión y decisión y, utilizando el cuasimonopolio de capacidad y eficacia, buscan descubrir e imponer soluciones técnicas para los problemas sociales y políticos.

En parte como reflejo del sistema de poder, en el que grupos dominantes no académicos disponen de las palancas y variables estratégicas, en parte por la mentalidad y la pretensión de ascenso e influencia, los sociólogos y politólogos de sesgo tecnocrático incorporan y asumen las necesidades y exigencias del sistema. La investigación se concentra en la determinación de las condiciones que permitan mantener y perfeccionar el orden existente; superar los peligros de disgregación; restablecer o crear la coherencia, la estabilidad, la supuesta racionalidad immanente de la sociedad; asegurar su funcionamiento automático y autorregulado.

Esta estrategia requiere la reivindicación de la objetividad científica, identificada con la neutralidad valorativa. Afirma la posibilidad de un pensamiento riguroso, totalmente depurado de ideologías. Dado que una ideología —inconsciente o escamoteada— subyace a esta afirmación, en realidad se propugna una ideología de la desideologización; una pretensión ilusoria de estar fuera de la historia, por encima de las relaciones sociales, las clases y el sistema de dominación. El objetivismo se identifica con una prudente abstención que encubre la aceptación de la sociedad, del sistema político y de los valores dominantes, y que opera como refuerzo del conformismo y del apoliticismo. Un positivismo sofisticado comprueba y mantiene; estudia las desigualdades, las formas de opresión y explotación, las alienaciones y las coacciones, como datos, hechos cumplidos que de este modo resultan consagrados.

En esta caracterización general debe observarse también la presencia de una actitud etnocéntrica, de un provincianismo relativo, que opera durante largo tiempo sobre la base de investigaciones concentradas en los Estados Unidos y desdeña los estudios comparativos. Con el ascenso de la metrópolis al poder mundial, la problemática interna es proyectada y universalizada, y el modelo norteamericano es propuesto como paradigma que deberían adoptar para su propio bien los países en desarrollo y las potencias capitalistas menores.

En Europa Occidental, por ejemplo y sobre todo en Francia, con retardo respecto a lo ocurrido en Estados Unidos y siguiendo sus huellas, la tendencia analizada se manifiesta en el ascenso del *estructuralismo*:<sup>30</sup> Éste expresa, encubre y justifica la dinámica y la praxis del neocapitalismo y de su Estado en el periodo de los años 1960 y 1970. Es la ideología de la clase dominante, pero a través de la mediación de la tecnoburocracia y de la tecnoestructura del Estado que, frente a las amenazas de los conflictos fundamentales y de las impugnaciones radicales, necesitan y buscan la estructuración administrativa de las personas y las cosas, las actividades y los espacios. El estructuralismo acompaña e implica, contiene y enmascara esta práctica política estructurante, y adquiere o refuerza así su función política; elude, escamotea o mistifica las cuestiones centrales, sobre todo la del Estado.

Al mismo tiempo, como ideología y como moda cultural, el estructuralismo deriva también hacia la situación y el papel de una ideología de ghetto, reservada a ciertos especialistas del conocimiento (filosófico, científico, sociopolítico) y a sus públicos —cautivos y fluctuantes. A este nivel, el estructuralismo tendrá su vertiente pretendidamente marxista (por ejemplo, el althusserismo).

El estructuralismo de raigambre predominante europea se presenta como saber justificado por la verificación epistemológica. La epistemología —sobre todo en su avatar cientificista— puede cumplir un papel mistificador. Legisla sobre el conocimiento. Intenta separar en el saber lo científico como pureza y lucidez de lo ideológico como impureza y mistificación. Circunscribe campos, núcleos y centros del saber purificado, legitima su especialización y su fragmentación y las vuelve perdurables, mientras se reserva a sí mismo la preocupación de la totalidad. Lleva a la unidad indiscernible de saber e ideología, mientras pretende separarlos metódicamente y presentar el saber puro como eje de la actividad intelectual y social. El saber se une y sirve al Estado, y éste se apodera del saber, lo institucionaliza y lo politiza. El saber contribuye al desconocimiento y el enmascaramiento de la hegemonía estatal y de su papel en la construcción y en la conservación de la sociedad.

La ciencia política norteamericana y la europea que sigue su estela o gira en su órbita, despliegan cada vez más una convergencia de dos orientaciones básicas: el empirismo hiperfactualista, la teoría abstracta.

El *empirismo hiperfactualista* (el conductismo, por ejemplo), se lanza a la búsqueda de una ciencia política dotada de métodos y técnicas a modelar bajo los supuestos de las ciencias naturales. La investigación toma por objeto conductas observables, generadas por estímulos externos,

<sup>30</sup> La crítica del estructuralismo, en general y también con particular aplicación al caso francés, puede verse en: W. Mills, *La imaginación...*, cit.; Gouldner, *La crisis...*, cit.; Lefebvre, *Au dela...*, cit., y *De l'Etat...* 1 y 2, cits.; Vincent et al., *Contre Althusser*, cit., René Lourau, *Le Gai Savoir des Sociologues*, Coll, 10/18, Paris, 1977.

más que referencia a datos subjetivos (fines, sentimientos, ideas) de los individuos y grupos observados. El empirismo técnicamente sofisticado se concentra en el logro y uso de procedimientos para observar, registrar, medir y analizar conductas. El énfasis cuantificador expresa un desdén subyacente por la teoría que lleva la falta de la visión de conjunto, a la inexistencia de sistematización *a priori* en hipótesis de trabajo y a la escasez de la sistematización *a posteriori*. La acumulación de datos como fin en sí mismo, con poca consideración de la relevancia y del significado más amplio de los hallazgos, separa la explicación y la predicción de toda evaluación, lo cuantitativo de lo cualitativo; descarta los problemas realmente significativos; permite el logro de conocimiento fiable sólo respecto de las trivialidades de la realidad política. La selección de problemas, no por relevancia teórica o por significación social y política, sino por la disponibilidad de medios técnicos adecuados, torna no investigables sectores sustanciales del campo propio de la disciplina.

El hiperfactualismo, y la acumulación de informaciones y comunicaciones que caracteriza a los países desarrollados y al mundo actual, llevan a la saturación y a la confusión. A ello se une la creciente desconfianza por las ciencias humanas parceladas. Surge así la aspiración hacia el logro de conjuntos simples y de ideas bien fundadas. Se reconoce la interdependencia estrecha entre teoría e investigación empírica. Se demanda una teoría empírica consistente e integrada, constituida por ideas generales, estructuras conceptuales, modelos sistematizados, hipótesis de trabajo y proposiciones explicativas, que sean relevantes para todos los aspectos de un sistema político y, al mismo tiempo, contribuyen a la emergencia de un campo unificado del saber social.

Esta demanda, unida a las exigencias generales del sistema que ya se indicó, confluyen en la emergencia de una concepción de la teoría como forma pura de contaminaciones derivadas de las ideologías y de las realidades, ambas igualmente contingentes. La teoría reivindica la objetividad, la impersonalidad, el desapasionamiento, la despreocupación por los correlatos empíricos y por las significaciones. Conceptos limitadamente válidos son de hecho cargados de ideologías, usados de modo abusivo, transferidos de la abstracción a la realidad y de lo relativo a lo absoluto. El conocimiento pretendidamente riguroso se concentra en la combinación de elementos formales, en la estructuración y en la sistematización, excluyendo o subvalorando la dialéctica real, la historicidad, los conflictos y las posibilidades. Como en el marxismo dogmático —en sus etapas arqueo- y neo-tsalinista aunque por caminos diferentes—, surge y se realiza el peligro de la frialdad y la desecación a la vez vitales e intelectuales, la teorización referida a sí misma y girando alrededor de sí misma, el logro de un saber reductor y reducido, la manía clasificatoria, la multiplicación de las citas disimuladas, la redundancia, el metalenguaje, la esterilidad.

Es pertinente aclarar sin embargo que este tipo de tendencias (estructural-funcionalismo, teoría de los sistemas, teoría de las comunicaciones), se da en la realidad de modo más complejo y matizado. El nominalismo de la sistematización debe combinarse con una tendencia al realismo, determinada por las exigencias sociales, políticas e históricas, por la práctica del conocimiento, por la necesidad de alguna correspondencia entre las palabras y las cosas.

La resultante es, de todas maneras, la búsqueda de principios internos de existencia, cohesión, estabilidad, equilibrio, autorregulación, para los individuos, los grupos, las estructuras y, sobre todo, el sistema a través de un formalismo que fetichiza las formas y las funciones. La sociedad es afirmada como sistema coherente, homogéneo, estable y autorregulado. Su estructuración surge de una armonía social inherente, a la que fundan e integran la comunidad de los valores, el consenso espontáneo sobre diferencias y conflictos, la congruencia entre la personalidad básica y el sistema. La sociedad aparece así como suma de instituciones articuladas que deben funcionar correctamente según una racionalidad ya alcanzada y que se supone inmanente. El modelo implícito o explícito de equilibrio autorregulado debe permitir el descubrimiento de las condiciones para la absorción de las tensiones y desequilibrios amenazantes. Estructuras, funciones, sistemas pasan a ser, de categorías y modelos de análisis, esencias y causas formales, alienaciones y reificaciones que ejercen a su vez efectos alienantes y reificantes. El acento es colocado en la combinación armónica de actividades, funciones y estructuras en el sistema integrado y, como refuerzo, en las normas, los controles, las coacciones, las instituciones y las legitimaciones. Una parte considerable de la actividad teórica es destinada a la búsqueda de estructuras adecuadas para el cumplimiento de funciones particulares que son postuladas como requisitos para el mantenimiento de los sistemas políticos. Funciones, actitudes, roles, comportamientos, estructuras, son objeto de inventario y sacralización; se las configura en y como existencias dadas y cuadros sociales invariables, legitimados junto con las coacciones que los expresan y refuerzan.

El proyecto de sistematización integral refuerza la tecnolatría. La técnica recibe una adhesión acrítica, se vuelve objeto de un culto incondicionado que convierte toda duda a su respecto en delito de lesa modernidad. Los éxitos tecnológicos permiten diferir la consideración y la solución de otros problemas humanos y sociales, y eludir la responsabilidad de humanizar la sociedad y de liberar a grupos e individuos. Potencia además el intento de cibernetar a la sociedad y a sus componentes. En efecto, a partir de las teorías y los datos y de la operación de las máquinas, se piensa en la posibilidad de insertar a los grupos y a los individuos en agregados analizables y de clasificarlos en tarjetas perforadas, como prerrequisito para la super-organización burocrática y tecnocrática de la sociedad, del sistema político y del Estado.

Del análisis surgen otras consecuencias para la ciencia política. La sistematización abstracta subestima y descarta todo lo que no encuadre en las premisas, los intereses consagrados y las previsiones diseñadas, o las contrarie. De este modo, dejan de captarse contenidos sustanciales, se atenúan o desaparecen las relaciones sociales, los grupos, las praxis, las condiciones de la vida cotidiana. Se niegan las especificidades, las diferencias, las transiciones, las contradicciones y conflictos, como expresión de fuerzas sociales desestructurantes y restructurantes, así como sus movimientos y estrategias y sus potencialidades. La variabilidad, la creación, la sorpresa y los azares son reducidos a la cuantificación de lo dado. La reivindicación del conflicto, del desequilibrio, de la crítica, de la pasión y de la voluntad de compromiso con la práctica social y política para la transformación del sistema, es caracterizada e impugnada como desviación, disfuncionalidad, patología. En el plano técnico-profesional, la teoría se postula irrefutable, y niega valor científico a todo trabajo que no delimite su campo, no lo recorte en fragmentos especializados, incorpore las actitudes, los elementos y los problemas que se pretende descartar.

A ello se agrega el sentido atemporal o ahistórico de la teoría. Elaborada en un país como Estados Unidos donde el pasado tiene poco peso, no parte de la realidad histórica, sino que dirige hacia ella los conceptos, las categorías y los modelos solamente para ejemplificar y ratificar lo que ya se da por descubierto y comprobado. Dada sin embargo la imposibilidad de una prescindencia absoluta, la *teoría-ideología de la estabilidad* debe ser complementada y ornamentada por una *teoría-ideología del cambio*. Esta presenta al parecer una versión economicista-tecnicista, y una versión politicista.

En la *versión economicista*,<sup>31</sup> la teoría escinde crecimiento y desarrollo y se concentra en el primero, concebido y deseado como aumento gradual de tal o cual aspecto cuantitativo y mensurable, en progreso continuo y fácilmente previsible. El desarrollo es reducido a mero crecimiento, a un proceso modificador de las dimensiones, en transición o en desplazamiento entre tipos dicotómicos que equivalen a estilos polares de integración, y primordialmente por influencia de factores externos (población, tecnología, agencias extranjeras, etcétera).

El desarrollo es concebido además como predestinado a la imitación de los modelos proporcionados por los países que tempranamente recorrieron todo el ciclo de la industrialización, con desconocimiento a la vez de las condiciones específicas de aquéllos y de las sociedades sobre las

<sup>31</sup> Sobre la versión economicista de la teoría del cambio, ver: B. M. Russett, ed., *World Handbook of Political and Social Indicators*, New Haven, 2ª ed., 1972; B. M. Russett, *Trends in World Politics*, New York, 1965; C. W. Taylor et al., *World Handbook of Political and Social Indicators*, New Haven, 2ª ed., 1972; Seymour M. Lipset, *Political Man: The Social Bases of Politics*, Doubleday, Garden City, N. Y., 1960; W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth*, Cambridge University Press, 1960.

que se pretende actuar. La sociedad es concebida como suma de compartimentos, aislables a voluntad, tratables por partes, y jerarquizados mediante un criterio que privilegia lo económico y lo tecnológico, en desmedro de los aspectos y niveles sociales, políticos, psicológicos y culturales.

La *versión politicista* puede ser identificada con las teorías del *desarrollo político*.<sup>32</sup> Estas no han llegado en realidad a ser todavía otra cosa que conjuntos de especulaciones e hipótesis, diversas por los enfoques, los temas y los métodos, y sin consenso sobre el concepto que la denomina. Presentan una yuxtaposición o una convergencia de puntos de vista normativos, conductistas y estructural-funcionalistas.

Aunque con antecedentes anteriores, la emergencia de las concepciones de desarrollo político se produce estrictamente a partir de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias. El campo llamado socialista se extiende y diversifica los tipos de desarrollo en su propio seno, a la vez que el modelo socialista impacta de diversas maneras en los países de lo que se denominará el Tercer Mundo. La descolonización acrece la importancia cuantitativa y cualitativa del Tercer Mundo, y plantea ante todo el problema de la sucesión de los viejos imperios y de la aparición de nuevas formas de dominación colonial.<sup>33</sup> Los nuevos Estados recientemente ingresados a la independencia reactualizan o suscitan problemas relativos a la modernización, la organización política, el *Nation Building*. Movimientos de masas revolucionadas participan en cambios sociales y políticos que afectan a regiones decisivas de la economía y la política mundiales. A ello debe agregarse la gama de necesidades que para el gobierno norteamericano surgen a la vez del liderazgo hegemónico en escala planetaria y de los problemas derivados de la crisis colonial, el neutralismo, la bipolaridad, la guerra fría, el Tercer Mundo, la cambiante estructura de las Naciones Unidas, con todas sus implicaciones políticas y militares. La estabilidad de Asia, África y América Latina se vuelve prerequisite para la vigencia de la hegemonía de los Estados Unidos y para el cumplimiento de sus objetivos de política exterior (inversiones privadas, asistencia técnica, freno de la influencia soviética y de los movimientos revolucionarios, alianzas militares y mecanismos de contrainsurgencia). El Departamento de Estado, el Pentágono, la Agencia Central de Inteligencia, comienzan a requerir los servicios de científicos sociales y politólogos.

<sup>32</sup> Sobre las teorías del desarrollo político, ver: G. A. Almond, J. S. Coleman, ed., *The Politics of the Developing Areas*, Princeton, 1960; G. A. Almond, G. B. Powell, *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Little, Brown and Co., Boston, 1966; Lucian W. Pye, *Aspects of Political Development*, Little, Brown and Co., 1966; David Apter, *The Politics of Modernization*, University of Chicago Press, 1965; Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, 1968.

<sup>33</sup> Marcel Merle, *La Vie Internationale*, Armand Colin, Paris, 3e édition, 1970; J. P. Cole, *Geography of World Affairs*, Pelican Books, 4th edition, 1972; Tibor Mende, *De l'aide a la recolonisation*, Seuil, Paris, 1975.

Por otra parte, y en un sentido más estrictamente científico, la nueva temática ejerce una atracción intrínseca sobre los especialistas, no ya meramente por sus implicaciones en términos de pragmatismo político, sino también por las posibilidades de enriquecimiento de la propia actividad y del trabajo interdisciplinario que ofrecen la amplitud y la complejidad del campo que se abre. Se intensifica así cada vez más el interés académico por las investigaciones y las teorizaciones respecto a este ámbito de problemas, y por la oferta de soluciones operacionales.

Por todas estas razones, el desarrollo político se vuelve foco general de una masa creciente de análisis. Una primera etapa se concentra en estudios de casos nacionales aislados, considerados como únicos y dotados de una identidad idiosincrática, y sin comparación con otros países. Sigue rápidamente una segunda etapa, enfocada en los estudios comparativos entre países del Tercer Mundo, y entre éstos y los más antiguos y desarrollados. Las teorías del desarrollo político obtienen sus perfiles primarios y van exhibiendo algunas de sus características y consecuencias más relevantes para la ciencia política del Tercer Mundo y de América Latina, entre las cuales se destacan las siguientes.

Ante todo, a partir de datos e índices insuficientes, y de una confusión entre niveles y etapas, se hacen inferencias que parecen pretender una validez general, indiscutible, cuando en realidad constituyen más proposiciones descriptivas que teorías explicativas.

El modelo de desarrollo político de los Estados Unidos y de Europa Occidental es presentado como paradigma de superioridad innata. Sus formas, estructuras, funciones, resultados, son postuladas como requisitos universales de equilibrio para cualquier sistema político desarrollado. Del mismo marco de referencia extrae el politólogo los conceptos, las categorías, las nomenclaturas y las terminologías. Se postula además la posibilidad y la conveniencia de la repetición histórica, el paso necesario de toda sociedad nacional por etapas de desarrollo ordenadas en sucesión lineal. Como corolario, se proponen estructuras y sistemas que se suponen maximizarán las pautas de conducta y de organización deseables desde el punto de vista del politólogo que adhiere a esta perspectiva. En algunos casos, se llega incluso a visualizar las instituciones y prácticas políticas como tecnología pura, dissociada de intereses, valores e ideologías, y susceptibles entonces de exportación desde el país-modelo y su superposición a las sociedades en desarrollo. La *Political Science* se vuelve *Policy Science*.

Las limitaciones del enfoque se revelan particularmente en las correlaciones establecidas entre los diversos niveles del proceso global. En algunas versiones, parece afirmarse la existencia de una correspondencia o similitud entre etapas de desarrollo económico tipo Walt W. Rostow con otras de desarrollo político. El sistema político y el gobierno son visualizados como variables dependientes, epifenómenos de otros factores determinantes. Lo político en sí mismo no es considerado como variable esencial

y formativa en un proceso de cambio social, y es ignorado, subestimado o vilpenciado el papel del Estado en los países del Tercer Mundo. Cuanto más, se trata de descubrir cuáles son los problemas propios de cada estadio. En otras versiones, sistema político y gobierno parecen reducirse a mecanismos institucionales abstractos, purificados de toda determinación y condicionamiento, para el procesamiento de insumos y productos sociales.

La naturaleza del desarrollo político permanece aún en la oscuridad. No se esclarece en qué condiciones, de qué modo, llegaron a existir los sistemas políticos modernos de Occidente. No se prueba la existencia de regularidades discernibles en los procesos de desarrollo, los estadios, las secuencias de cambio, los problemas y las crisis similares. Tampoco se ilumina la naturaleza de las sociedades y sistemas políticos tradicionales de los que emergen los procesos de transición hacia lo que se considera desarrollo político o modernización. Nada demuestra irrefutablemente que sea posible y deseable que países del Tercer Mundo se transformen para alcanzar el modelo de sistema político que se postula como paradigma del desarrollo. Se niega, o se admite de modo muy hipotético, que diferentes estilos y sistemas políticos pueden enfrentar y resolver una crisis similar del desarrollo socioeconómico. Si un Estado no cumple las funciones, ni crea y afirma las estructuras, que se supone configuran el sistema político de un país adelantado, es calificado como políticamente subdesarrollado.

Algunas implicaciones ideológicas resultan aún más evidentes. Así, se suele postular la existencia de un conflicto entre el desarrollo económico y el desarrollo político, entre la estabilidad y la participación. La movilización de masas es mirada con pesimismo, suponiéndose que si adquiere demasiada intensidad y rapidez y se traduce en demandas excesivas de tipo económico, educacional y cultural, puede llevar a la quiebra del sistema. Se postula además una identificación rigurosa entre democracia política y economía de empresa privada, y se recomienda establecer estructuras que favorezcan a la segunda como condición de avance material, de progreso social y de desarrollo político.

La sociología y la ciencia política que responden a las orientaciones analizadas, y que asumen un papel como ideologías disfrazadas de científicismo, exhiben ausencias, insuficiencias y distorsiones en el tratamiento del problema del Estado, que debería ser un tema central.<sup>34</sup>

Por una parte, contribuyen activamente al *ocultamiento* o al desconocimiento del Estado, de su existencia y naturaleza, de su papel general y de sus funciones al nivel de la sociedad global. El Estado parece o resulta ser algo inexistente, o se declara natural su forma actual y se lo evacúa del horizonte de la teoría y de la investigación empírica, fuera del alcance y del campo de la reflexión sociológica y política.

<sup>34</sup> Ver Lefebvre, *De l'Etat*, volumen I, *passim*.

Este tipo de especialista y de orientación desvía las cuestiones políticas y estatales hacia enfoques y sistemas filosóficos, económicos, sociales, jurídicos, que atenúan o eliminan las contradicciones, los conflictos y antagonismos de la sociedad, los procesos y lugares donde se producen y solucionan las confrontaciones. Suele ocuparse solamente del gobierno —que identifica de manera reduccionista y mistificadora con el Estado en sentido amplio—, del personal político y la burocracia, de los mecanismos electorales, del derecho constitucional, de la historia diplomática.

Por otra parte, en otros casos y manifestaciones del fenómeno analizado, cada ciencia particular, o las especializaciones internas de ellas, pretenden incorporar al Estado a su ámbito y a su exclusivismo monopolista. Con esa pretensión, en la reflexión y el análisis aceptan, reflejan y proyectan las representaciones que el Estado da de sí mismo, para mistificarse y ocultarse; no las someten a examen crítico y contribuyen a consagrarlas. Tal es el caso de los conceptos fuertemente ideologizados como: legitimidad, juridicidad, carisma, modelos, sistemas, etcétera. De esta manera —pero no sólo de ésta, la Sociología Política y la Ciencia Política se automistifican y mistifican; fetichizan y sacralizan al Estado.

La cuestión del Estado apenas es planteada teóricamente. Se la trata, se la elabora conceptualmente, se la maneja operativamente, como si el Estado fuera un ente especial, superior, colocado fuera del proceso histórico-político y al margen de sus leyes. El examen del Estado deja de ser crítico y riguroso en la medida en que se coloca entre paréntesis el contexto social de los procesos políticos; se evita la consideración del cuerpo social, de todos los niveles y grados de la praxis y de la conciencia, de las modalidades sociales por las cuales y a través de las cuales los seres humanos producen y entran en contacto.

El tratamiento del Estado es objeto de reduccionismo, de vulgarización y de funcionalización. Se limita a la adopción y uso de una teoría abstracta de sistemas o a una sociología formalista de la organización, en ambos casos sin perspectiva ni valoración histórico-sociales, con clara orientación al manejo social-tecnológico y a la utilización ideológica y política. El Estado es manifestado y presentado como simple máquina política, escenario de ambiciones que se agitan y entran en conflicto; o como aparato organizador contingente, cáscara vacía, del que sólo se describe la función técnica y las influencias que se ejercen sobre él, y cuya forma misma, disociada del contexto sociohistórico, permanece sin explicar.